

El suicidio como rebelión absurda

Suicide as an absurd revolt

Ignacio Moya Arriagada

Western University, Canada

*¿No habrá de ser que el abandono voluntario de la vida ha de ser un mal cumplido para aquel que ha dicho que todo era muy bueno?*

Schopenhauer, *Parerga y Paralipómena II*, §157

**U**n rebelde, dijo Camus (1978), es aquel que dice «las cosas han durado demasiado», «hasta ahora, sí; en adelante, no» (p. 17). De este modo, el rebelde afirma al mismo tiempo que niega. Afirma que hay un límite de lo tolerable, un límite que no se puede sobrepasar. Y niega —le niega al otro el poder o el derecho a pasar dicho límite.

Lo que caracteriza al rebelde es que este aparece cuando la situación es insoportable. A veces aparece para reponer y hacer respetar los límites que alguien ha osado traspasar. Es decir, para *defenderse*. Otras veces aparece para derrumbar y reemplazar un sistema, una estructura, un estilo de vida o alguna idea que ya no es tolerable. Es decir, para ir a la *ofensiva*. En ambos casos, el rebelde ha dicho *basta*.

Dado esto, ¿se puede decir que el suicida es un rebelde? Me parece que sí, se puede decir que el suicida es un rebelde<sup>1</sup>. Pero ¿qué tipo de rebelde es el suicida? ¿A qué le dijo basta? De todas las rebeliones posibles, hay una que se eleva por sobre todas las demás. Esta es la definitiva, la última rebelión; la rebelión existencial. El suicida, entonces, es el rebelde que se planta frente a la existencia y le hace exigencias. Es el que no acepta cómo ha sido tratado y que por lo tanto le dice basta, «hasta aquí bueno, más allá no».

Sin embargo, la vida no escuchó ese reclamo; ignoró la demanda que el individuo le hizo. Osó, por lo tanto, seguir avanzando e ir más allá de ese límite. Ignoró ese hasta aquí» y traspasó la frontera que el rebelde le trazó. Y al hacer eso, la vida trajo más dolor. Más sufrimiento. Más incompreensión. En ese momento, en el momento en que la vida avanza y avanza de forma implacable sin respetar lo que el rebelde le exige, empieza a emerger una paradoja. Por un lado, la vida —la vida *en general*— se agranda, se hace fuerte y se impone de forma despiadada. Por otro lado, la vida —la vida *particular* del rebelde—

<sup>1</sup> Es necesario hacer una clarificación fundamental en este punto. El suicidio es un acto doloroso, siempre traumático, que deja secuelas duraderas en aquellos que sobreviven al suicida. No es mi propósito romantizar el suicidio. Tengo claro que el concepto de rebelde tiene ciertas connotaciones heroicas y admirables. El rebelde es, muchas veces, un ejemplo de vida y un modelo a seguir. No es mi intención equiparar al suicida con un héroe o un ejemplo que debemos admirar. El término rebelde lo empleo para, siguiendo a Camus, referirme a alguien que resiste y establece límites. No hago un juicio de valor cuando empleo el término rebelde pues un rebelde puede tener tanto una causa noble y loable como una causa condenable. En última instancia, lo cierto es que las razones por las que las personas se suicidan tienen causas sociales y psicológicas que merecen una detallada explicación. El sufrimiento presente en la vida del suicida y el sufrimiento que persiste en aquellos cercanos que sobreviven al suicida no se debe idealizar.

se hace pequeña, se va encerrando y colapsa en sí misma. Surgen, entonces, en la mente del rebelde, preguntas que requieren una respuesta urgente. ¿Qué se puede hacer si el límite exigido ya no es respetado? ¿Qué hacer si el acto de rebeldía que consiste en decir *hasta aquí* fracasa una y otra vez?

Una opción es renunciar a la demanda. Aceptar la derrota y tratar de adaptarse a las nuevas circunstancias. Otra posibilidad es trazar un nuevo límite, pero esta vez más allá. Estos son dos caminos, entre otros posibles, que un rebelde puede tomar. En los dos casos la lucha sigue, pero en otras condiciones, con otras exigencias. El suicida, sin embargo, ha tomado otra determinación. Para él, el límite establecido no era negociable —era un infranqueable. Pero dado que la vida se resiste a doblarse ante las demandas que le hacemos (y esto es algo que el rebelde ahora entiende), estar continuamente cediendo y negociando muchas veces parece una estrategia fútil. Se hace, por fin, clara una verdad existencial que cuesta aceptar pero que es innegable: la vida no está para negociar límites con nosotros, no está para servirnos. Ella sólo es. Esta verdad es una que se revela poco a poco y que el rebelde empieza a vislumbrar con mayor claridad cada vez que su *hasta aquí bueno, más allá no* es ignorado. Inevitablemente empieza a darse cuenta de que en algún momento será avasallado. Nada se saca, entonces, con simplemente ceder y trazar nuevos límites. Estos sólo serán traspasados nuevamente.

Por eso, ante el continuo avance de la vida, en vez de replegarse, reajustar sus exigencias y volver a *negociar*, el rebelde ha decidido detener dicho avance de forma definitiva, de una vez por todas. Es quien le ha dado un golpe final y fulminante a la vida utilizando la única herramienta que los seres humanos tenemos a nuestra disposición para aquello: la muerte voluntaria<sup>2</sup>.

Esta resistencia al avance de la vida tiene dos características muy particulares. Estas características convierten al acto suicida en un acto único y distinto a cualquier otra rebeldía. En términos sencillos podemos definir al suicida como *un rebelde absurdo cuya muerte es un testamento a la miseria de la existencia*. Estas son las dos características fundamentales del suicidio: que es *absurdo* y que es un *testamento*.

---

<sup>2</sup> La muerte, cuando no es voluntaria, no es realmente ni una protesta ni un acto de resistencia. Muchas veces es algo que ocurre en contra de nuestra voluntad. Por eso es esencial resaltar que la muerte es un acto de rebeldía sólo cuando es producto de una decisión del individuo.

## El absurdo

Camus (2012) dijo que el absurdo surge cuando intentamos encontrar sentido existencial en un mundo que no tiene sentido. Al darnos cuenta de que el mundo nos ignora, que el mundo no se acomoda a nuestras demandas o exigencias, nos encontramos en el absurdo. En el caso del suicidio, el absurdo surge porque se da la paradoja de que la resistencia a la vida se materializa estando *fuera* de la vida; es decir, la rebelión se hace abandonado el escenario donde el conflicto se desarrolla. Lo cierto es que todos los seres tenemos expectativas existenciales y la condición para que esas expectativas se cumplan es que permanezcamos *en* la vida. ¿Dónde más se podrían cumplir las exigencias vitales?

Al abandonar la vida, estamos abandonando y renunciando a nuestras exigencias. Pero más que eso, estamos renunciando a la posibilidad misma de que se cumplan las exigencias. Si el mundo nos desoye y traspasa los límites que le planteamos, si en ante eso nuestra respuesta es el *abandono voluntario de la vida*, en ese preciso momento hemos borrado y eliminado todo *aquí* y todo *más allá no*. En esto consiste la condición del absurdo; en que la rebelión aniquila la posibilidad misma de la rebelión.

A pesar de que su rebeldía es absurda, su acto de resistencia no pasa desapercibido para aquellos que le sobrevivimos, para aquellos que seguimos *en* la vida. Esto se debe a que el suicida deja un testamento y proclama de la forma más contundente posible que la vida es miserable y que no existir es mejor que existir.

## El testamento

El valor de la vida es algo que, ciertamente, se puede debatir. La filosofía tiene mucho que decir al respecto. Los pesimistas —en particular los pesimistas alemanes del siglo XIX— tienen los argumentos más sofisticados y elaborados que la mente humana ha podido construir a favor de la idea de que existir es siempre una desdicha. Decidir leer a los pesimistas es decidir no ver nunca más la vida como algo de lo que siempre hay que estar agradecido. Interiorizarse en los argumentos pesimistas implica cuestionar todo lo que la sociedad nos dice acerca de la existencia: que es buena, bella y que merece protección<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Muchos no *necesitamos* leer a los pesimistas para reconocer esta verdad. Basta vivir, sentir y observar para darse cuenta, para *cuestionar* el valor de la vida. Aun así en estos casos leer a los pesimistas nos permite articular y explicitar todo aquello que ya intuimos o sentimos.

El mundo que el pesimista revela es uno donde el dolor y la miseria son ineludibles. Pero no son ineludibles por culpa de alguna circunstancia particular o por la vida que nos tocó. Más bien el mundo está constituido en su esencia de tal manera que la satisfacción, la tranquilidad o la felicidad no son posibles. Y no son posibles porque la *voluntad* de Schopenhauer, el *inconsciente* de Hartmann o el Dios de Mainländer así lo determinan<sup>4</sup>.

Pero una cosa es *leer* a los pesimistas o *hacer* filosofía pesimista. En estos casos, a pesar de que aceptemos y entendamos el carácter desdichado de la vida, esta sigue para nosotros. La condena a la existencia queda en palabras. A lo más, el impacto práctico del pesimismo se puede manifestar en nuestras formas de actuar. Por ejemplo, nuestra actitud ante los otros y ante la existencia en general puede cambiar debido al pesimismo. Podemos ser más compasivos con los otros. O podemos caer en una permanente melancolía. También es posible aislarse del mundo y dejar de perseguir bienes. Todo eso es posible. Pero, y este es el punto principal, todo eso se hace *desde* la vida; se hace *en* la vida. El pesimista rechaza la vida, pero la sigue viviendo. Es por esto que en *Pesimismo profundo* (2018) yo caractericé al pesimista como

el único ser en este mundo capaz de representar en todo su esplendor y magnificencia lo contradictorio que es existir. Él es quien lleva la tensión de la vida a su punto más alto; él es la cristalización, el recordatorio vivo de lo absurdo y lo paradójico que es vivir. Con cada paso y con cada bocanada de aire, el pesimista es la futilidad hecha carne (Moya Arriagada, 2018, p. 21).

Todo esto porque el pesimista *vive*. Pero el suicida no es futilidad *hecha carne*. Y no lo es porque, precisamente, ha dejado de ser carne *habitada*. Ya no hay *pasos*, no hay *bocanadas de aire*. Mientras que el testamento del pesimista son sus palabras, el testamento del suicida es su vida misma. En última instancia, el acto suicida es la forma más radical que existe para proclamar de forma definitiva que la vida no merece ser vivida<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Este no es el lugar para explicar por qué estos pesimistas argumentan que la felicidad no es posible. Hacerlo requiere adentrarse en sus respectivas metafísicas. Es suficiente mencionar que para estos pesimistas la vida está constituida, desde su esencia, por una fuerza vital insaciable que nos sostiene. Esa fuerza es la *voluntad*. Esto es a muy grandes rasgos porque hay diferencias sustanciales en la caracterización de dicha voluntad entre los pesimistas.

<sup>5</sup> Hay una importante distinción que hacer aquí. De forma muy acertada, Schopenhauer dijo que una cosa es proclamar que la vida en general es miserable y otra cosa es decir que mi vida personal es miserable. El suicida, al parecer, es alguien que condena su vida en particular, pero no la vida en general. Es decir, viviría de nuevo bajo otras circunstancias y en otras condiciones. Por esto, cuando afirmo que el suicida ha proclamado de forma definitiva que *la vida no merece ser vivida*, es debatible si se refiere únicamente a su vida, o a la vida siempre y en todas las circunstancias.

En parte es precisamente la *radicalidad* del testamento suicida lo que perturba e inquieta a tantos. La cita de Schopenhauer que aparece al inicio de este ensayo nos muestra que el suicida es quien desenmascara la realidad para revelar la mentira que se perpetúa a través de las religiones —que Dios ha creado este mundo por amor y que todo lo que existe aquí es porque Dios, en su infinita bondad y sabiduría, ha decidido que así fuera. Él sólo quiere el Bien y por eso todo, siempre, es *bueno*. Leibniz desplegó grandes argumentos en defensa de Dios y su creación y es cosa de leer su *Teodicea* (1710) para entender cómo se puede sostener que este mundo, a pesar de las infinitas desgracias que caen sobre nosotros, *es el mejor de los mundos posibles*. Dado esto, la tradicional condena de las religiones (al menos las religiones abrahámicas) al suicidio es algo que tiene sentido. En el contexto religioso, lo que el suicida realmente hace es rebelarse ante Dios y su creación. Con su acto rechaza el regalo divino de *ser* y en ese instante se convierte en un paria existencial. Algunos podemos levantar nuestro puño al Cielo, como Job, y reclamar a Dios. Pero estas siguen siendo palabras que terminan en nada. El puño del suicida, en cambio, se dirige a sí mismo y, de esa manera, a la vida.

Leopardi, en su obra *Prosas Morales* (1824), expresa una idea muy similar. Al relatarnos el origen de la especie humana, nos cuenta que los dioses crearon a todos los humanos en un mundo perfecto, un paraíso donde la vida consistía en maravillarse ante las estrellas, alimentarse y recorrer el mundo —que en ese entonces era plano, relativamente pequeño y sin grandes océanos separando las masas de tierra. Esa vida, sin embargo, fue insoportable. Y dado eso, los humanos empezaron a suicidarse. Dice Leopardi:

algunos llegaron a tan gran desesperación que, no soportando la luz y la vida, se privaron de ella [...] Pareció horrendo este caso a los dioses, que por criaturas vivientes la muerte fuese antepuesta a la vida, y que esta misma en algún sujeto propio, sin absoluta necesidad y sin otro concurso, fuese instrumento para destruirlo. Y no se puede decir fácilmente cuánto se maravillaron de que sus dones fueran tenidos por tan viles y abominables que los otros debieran, con todas sus fuerzas, despojarse de ellas y rechazarlos; pareciéndoles haber puesto en el mundo tanta bondad y belleza, y tal orden y condiciones, que esta morada llegar a ser no tolerada, sino sumamente amada por cualquier animal y muy especialmente por los hombres (Leopardi, 1978, p. 32).

Es incomprensible, o más bien, es un *insulto* para el Creador que el ser humano elija el suicidio. En última instancia, mientras algunos nos rebelamos con nuestras palabras

ante estas falsas declaraciones de amor al mismo tiempo que con nuestra filosofía denunciarnos su hipocresía, el suicida se ha rebelado con *su vida misma*. Y su acto nos deja en silencio. Ya no hay nada más que decir. No le podemos rebatir. No hay espacio para conversar. El suicida no se ha limitado a *decir* que no existir es preferible a existir. No ha dado un argumento o un silogismo. No ha creado una metafísica para que la estudiemos. No. Él ha *demostrado* con su actuar que no existir es preferible a existir.

El testamento del suicida es, entonces, tajante y fulminante. Pero, y esto es parte de la tragedia, es una rebeldía absurda que termina para siempre con cualquier posibilidad de cambio en su vida; es un acto que le niega a esa rebeldía la opción de triunfar.

### Bibliografía

CAMUS, A. (1995). *El hombre rebelde*. Fontamara.

—(2012). *El mito de Sísifo*. Alianza.

LEOPARDI, G. (1978). *Prosas Morales*. Losada.

MOYA ARRIAGADA, I. (2018). *Pesimismo Profundo*. Librosdementira.